

costar esfuerzo alguno. Los hebreos, con sus ideas tan sencillas en materia de organización política y militar, experimentaron una viva impresión de asombro y de terror, cuando por vez primera se encontraron en presencia de aquella formidable organización de la fuerza, de aquel materialismo impío y brutal, de aquel despotismo en que el rey usurpaba el lugar de Dios. Los profetas ciegos según la carne, clarividentes según el espíritu, no cesaban de rechazar la única política que hubiera podido salvar á Israel de batir en la brecha á la realeza y de excitar con sus amenazas y su puritanismo las agitaciones interiores. Se les vió mantener su obstinación sobre las ruinas de Jerusalén y triunfar casi de los desastres que realizaban sus predicciones. Una política vulgar les condenaría y les haría en gran parte responsables de las desdichas de su patria; pero el papel religioso del pueblo judío debía ser siempre fatal á su papel político. Israel debía tener la suerte de los pueblos consagrados á una idea y pasear su martirio á través de los desdenes del mundo, esperando que el mundo, arrepentido, viniera á pedirle como suplicante un puesto en Jerusalén.

IV

La cautividad no alcanzó más que á un reducido número de habitantes de Palestina, pero hirió la cabeza de la nación y todo la clase en la que residía la tradición religiosa, de suerte que el espíritu entero de Judea se encontró transportado á Babilonia. Tal es la causa que hizo salir á luz en las orillas del Eufrates las más bellas producciones del genio

hebreo, esos salmos conmovedores que llegan al alma, encantándola y penetrándola de tristeza y de esperanza, esas incomparables odas proféticas que se han añadido á las obras de Isaías. Desde entonces se formó en Babilonia, ó por mejor decir, en las pequeñas ciudades agrupadas alrededor de la gran ciudad, como una segunda capital del judaísmo. Los restauradores de las instituciones y de los estudios antiguos en Judea, como Esdras y Nehemías, vienen de allí y se indignan á su llegada de la ignorancia y de la corrupción de lenguaje de sus correligionarios de Palestina. Después de la destrucción de Jerusalén por los romanos, Babilonia volverá á ser el centro principal de la cultura intelectual de Israel, de suerte que se puede decir que se ha efectuado dos veces la continuación de la tradición judía para aquella ciudad, á raíz de las dos grandes catástrofes que, á siete siglos de distancia, arruinaron enteramente al judaísmo y á Jerusalén.

No sé si hay en la historia del espíritu humano un espectáculo más extraño que el de que fué testigo Babilonia en el siglo VI, antes de la era cristiana. Este pequeño grupo de desterrados, perdido en medio de una multitud profana, sintiendo á la vez su debilidad material y su superioridad intelectual viendo á su alrededor el reinado brutal de la fuerza y del orgullo, se exalta y alcanza el cielo. De tantos oráculos divinos aun no realizados de aquel montón de esperanzas fallidas, de aquella lucha de la fe y de la imaginación contra la realidad nació definitivamente el Mesías. En presencia de la iniquidad, triunfante, Israel apeló al *gran día de Jehovah* y se lanzó resueltamente en el porvenir.

¿Qué vió allí el profeta innominado (cuyas obras han sido puestas á continuación de las de Isaías), que fué en aquel momento decisivo el intérprete

del pensamiento de Israel? Los sueños del enfermo que en los accesos de fiebre ve desenvolverse delante de él otro mundo y brillar otro sol, no tuvieron jamás ardores semejantes. No podemos más que indicar el motivo de esos himnos dixinos con los que el ilustre desconocido saludó á la nueva Jerusalén: «¡Levántate, resplandece, Jerusalén!...» — «¡Voz que clama en el desierto: preparad los caminos de Jehovah, allanad los senderos!...» — «¡Qué bellos son en las montañas los pies de aquel que anuncia la salvación!...» — «¡Cielos, derramad vuestro rocío y que las nubes vierian la justicia!...» — «¿Quién es aquel que viene de Edom, que llega de Bosra con la túnica manchada de sangre?...» — Después en una obscura y misteriosa visión, esta sublime apoteosis del *hombre de dolor*, el primer himno al sufrimiento que haya oído el hombre. En parte alguna estalla mejor que en las inspiradas paginas de que hablamos, el don especial de Israel, la *fe*, la conciencia de su superioridad sobreviviedo á todas las derrotas, la certeza en el porvenir, que dió á un puñado de cautivos la seguridad de afirmar que el mundo un día les pertenecía. «Dirige tus ojos á tu alrededor y mira, Jerusalén, esas multitudes que vienen y se reunen: te traen hijos de comarcas lejanas; las muchachas se aprietan contra tu seno. Una multitud de camellos, los dromedarios de Madian y de Epha, desbordan; éstos vienen de Saba trayendo oro y plata y anunciando las alabanzas de Jehovah. Los rebaños de Cedar se precipitarán hacia tí; los carneros de los Nabateos se ofrecerán por sí mismos para tus sacrificios. ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes, como palomas hacia su abrigo? Las islas del mar están en espera; los bajeles de Tarteso están prontos para traerte jóvenes. Los extranjeros se ofrecerán para

edificar tus murallas; los reyes se harán tus servidores. Tus puertas estarán abiertas noche y día á fin de dejar entrar la flor de las naciones y los reyes traídos para rendirte homenaje. Los hijos de aquellos que te han humillado vendrán encarnados hacia tí; los que te despreciaban besarán la huella de tus pies y te llamarán Ciudad de Dios, Santa Sión de Israel. Tú chuparás la leche de las naciones, tú te amamantarás en el pecho de los reyes. Ya no se oirá más hablar de iniquidades sobre la tierra, ni de desastres en tus fronteras; la paz reinará bajo tus murallas, la gloria se sentará á tus puertas. Tú no tendrás necesidad ni de sol para alumbrar tus días, ni de luna para iluminar tus noches: tu sol no se pondrá jamás ni declinará jamás tu luna, pues Jehovah será tu luz eterna, y los días de tu duelo habrán pasado para siempre jamás.»

A partir de este momento, Israel nos aparece exclusivamente poseído de su idea religiosa. Ninguna de las distacciones profanas en las que se había algunos momentos detenido, no lo turbará en adelante. Ni una duda, ni una rebelión, ni una tentación de idolatría; el paganismo no le inspira ya más que las amarguras y altivas irrisiones del *Libro de la Sabiduría*. El judeísmo ha estrechado sus filas y fortificándose más y más. La libertad, la sencillez del antiguo genio hebreo, tan ajeno á todo escrúpulo de teología y de casuística, ceden el sitio á las pequeñeces del rabinismo. El escriba sucede al profeta. Un sacerdocio fuertemente organizado ahoga toda vida profana: la *Sinagoga* se convierte en lo que más tarde será la *Iglesia*, en una especie de autoridad constituida, contra la cual va á estrellarse todo pensamiento independiente. El pietismo se de senvuelve y produce una literatura muy enclenque si se la compara con las producciones de la época

clásica, pero aún llena de encantos; algunos salmos tiernos y conmovedores, alimento eterno de las almas piadosas, y las hermosas novelas de Tobías y de Judit, son de esta época. Compárese el honrado Tobías con Job, herido como él por innmerecidos dolores: un mundo le separa. Aquí la paciencia, la virtud recompensada, dulces y consoladoras imágenes; allá, la rebelión, la obstinación, la disputa y el altivo sentimiento del árabe exclamando en la desgracia: «¡Dios es grandel!», sentimiento que nada de común tiene con la virtud cristiana de la resignación.

Una gran indiferencia por la vida política fué la consecuencia del estrecho y severo celo que caracteriza los tiempos á que hemos llegado. Israel no estaba encargado de enseñar al mundo la libertad; también le vemos después de la servidumbre acomodarse de grado á una posición subordinada y explotar las ventajas que le ofrecía, sin al parecer sospechar que tuviese nada de vergonzosa. Mientras que Grecia, con recursos bien poco superiores á los de Palestina, hacía ganar á la libertad su primera victoria, Israel se resignaba á no ser más que una provincia del *Gran rey*, y se encontraba con ello bastante bien. Ese es, hay que confesarlo, el lado malo de la historia judía. No estando celosos más que de su libertad religiosa, los judíos se sometieron sin gran pena á los regímenes que mostraron por su culto alguna tolerancia, y dieron á todos los despostimos servidores tanto más fieles, cuanto no estaban retenidos por ninguna responsabilidad respecto á la nación. El imperio caldeo, es cierto, les fué odioso, y saludaron su ruina con gritos de alegría, sin duda porque aquel imperio militar y completamente profano nada tenía que respondiese á su propia naturaleza. Aceptaron al contrario como un

beneficio la dominación de los persas, cuya religión era la menos pagana del mundo pagano, y ofrecía por su gravedad su tendencia al monoteísmo, su horror por las representaciones figuradas, mucha analogía con el culto mosaico. Ciro fué recibido por ellos como un enviado de Jehovah, é introducido de pleno derecho en la familia elegida del pueblo de Dios.

No se puede negar que los persas se mostraron bastante liberales para con Israel. Zorobabel, que ellos restablecieron á la cabeza de la nación, era de la casa de David, y sólo á los judíos hubiera interesado restaurar para él su dinastía nacional; pero era tal su frialdad política, que después de Zorobabel dejan que su línea se continúe obscuramente y no reconocen otro poder que el de un gran sacerdote, cuya dignidad se hace hereditaria. Israel sigue más y más su destino; su historia no es ya la de un Estado, sino la de una religión. Es la suerte de los pueblos que tienen que llenar una misión intelectual ó religiosa sobre los otros pueblos, la de pagar con su nacionalidad esta brillante y peligrosa vocación. El genio griego no ha obrado poderosamente sobre el mundo más que en una época en que la Grecia no tenía ya papel político. Se ha demostrado muy bien que la primera causa de la pérdida de Italia ha sido la tendencia universal de Italia, ese *primado* que tan largo tiempo ha ejercido en efecto y que ha hecho que queriendo ser señora en todas partes, no haya sido nada en su casa. ¿Quién sabe si las ideas francesas no llenarán un día el mundo, cuando Francia no existe ya? Las nacionalidades fuertemente adheridas á su suelo, que no procuran hacer prevalecer sus ideas en el exterior, son en sí muy resistentes, pero tienen poca acción en el movimiento general del mundo. Para obrar en él es preciso

morir en sí; el pueblo que se constituye en misionero de un pensamiento religioso, no tiene más patria que ese pensamiento; en este sentido es en el que demasiada religión mata un pueblo y contraría un establecimiento puramente nacional. Los macabeos son admirables héroes, pero su heroísmo no excitan en nosotros las mismas impresiones que el patriotismo griego y romano. Milciades combate por Atenas sin ninguna intención de teología ni de creencia; Judas Macabeo combate por una fe y no por una patria, ó á lo menos la patria está en él subordinada á la fe. Tan cierto es esto, que desde la cautividad, el suelo de Palestina es casi indiferente para los judíos. Sus comunidades más florecientes, más ilustradas, más piadosas, están diseminadas en las regiones más lejanas de Oriente.

Una última prueba, sin embargo, esperaba á Israel, y acaso la más peligrosa de todas, el contagio de la civilización griega, que á partir de Alejandro invadió todo el Asia. El primer deber del pueblo judío era el aislamiento. Su mayor pena había podido llenar este deber ante Egipto, Fenicia, Asiria. Persia había ejercido sobre el vuelo de su imaginación una influencia bastante fuerte; pero gracias á una singular analogía de instituciones y de genio, esta influencia libremente aceptada, no constituyó una infidelidad. La tentación fué mucho más grave ante el prestigio incomparable que debía someter á la influencia del espíritu griego las partes más nobles del género humano. Israel fué desde el principio profundamente contagiado. Las jóvenes colonias establecidas en Egipto se dejaron prender en las seducciones del helenismo, rompieron por completo la comunión con Jerusalén y salieron casi enteramente de la familia israelita. La misma Palestina sufrió desde luego la acción de los Seleuci-

das: se vió en Jerusalén un estadio y gimnasio: un partido poderoso que contaba en su seno; casi toda la juventud favorecía aquellas novedades, y fascinado por el esplendor de las instituciones griegas, tenía cierto desdén al culto y á las costumbres de sus antecesores. Pero todavía esta vez predominó el espíritu conservador: algunos viejos obstinados y una familia de héroes salvaron la tradición, á la cual bien pronto fué á afiliarse la gente.

El rencor nos da la medida del peligro. ¡Desdichados los que tratan de oponerse al libre desenvolvimiento de las necesidades religiosas de la humanidad! Entre las memorias históricas son las más sacrificadas las de los soberanos que, no habiendo sabido adivinar bien el porvenir ó habiéndose propuesto locamente detenerlo, se han hecho perseguidores de los movimientos religiosos que debían triunfar; tales fueron Antioco, Herodes, Diocleciano, Juliano, todos grandes príncipes de la tierra que la conciencia popular ha condenado sin piedad. Ese Antioco Epifano, cuyo nombre está irrevocablemente asociado al de Nerón, era un príncipe humano, ilustrado, que no quería sin duda más que el progreso de la civilización y de las artes de Grecia. Los rudos medios que empleó eran los que los griegos y los romanos ponían en práctica siempre y en todas partes para hacer doblegarse ante ellos las civilizaciones diferentes de la suya. Habiendo permanecido largo tiempo en Roma en rehenes, Antioco volvió á Siria con la cabeza llena de ideas de la política romana y soñando un imperio de Oriente fundado como el de Roma, sobre la asimilación de las nacionalidades y la extinción de las variedades provinciales. La Judea era el primer obstáculo que debía encontrar en la ejecución de aquel proyecto. El sacerdocio estaba en aquel momento muy debi-

litado; el gran sacerdote Jesús, que para seguir la moda se hacía llamar Jasón, se olvidó de sí hasta enviar una teoría á los juegos herácleos de Tiro; el templo fué saqueado; un momento Júpiter Olímpico tuvo su altar en él, y las bacanales recorrieron las calles de Jerusalén. Entonces comenzó la heroica resistencia que ha dado á la religión sus primeros mártires. Los sacerdotes y una gran parte de la población de Jerusalén habían cedido, pero el secreto y la fuerza del pueblo judío fué el mantener su fe independiente del sacerdote, haciéndola residir únicamente en la conciencia de un pequeño número de jefes de familia adictos á ideas muy sencillas y dominados por un sentimiento invencible de su superioridad. El destino de la humanidad jugóse allí sobre la firmeza de algunas familias. A consecuencia de esta firmeza, el espíritu griego fué reducido á la impotencia de Palestina y privado de toda cooperación verdaderamente fecunda á la primera manifestación del cristianismo.

Una influencia más eficaz aún, porque se ejerció sin violencia y por efecto de la conformidad moral de los dos pueblos, fué la de Persia. La Persia es el único país que haya ejercido sobre el pueblo judío una acción religiosa verdaderamente profunda. Uno de los resultados más importantes de los estudios orientales en estos últimos tiempos, ha sido patentizar el papel capital que las instituciones del *Avesta* han jugado en toda el Asia occidental durante los siglos que precedieron é inmediatamente siguieron á la era cristiana: á la Persia es á la que hay que hacer el honor de tantos elementos nuevos como encontramos en el cristianismo comparado con el mosaísmo, elementos que un examen superficial en un principio había atribuído á Grecia. Babilonia, que continuaba siendo uno de los cen-

tros principales del judaísmo, fué el teatro de esa mezcla que debía tener consecuencias tan graves en la historia del humano espíritu, y cuyos primeros efectos fueron para los judíos una teoría más complicada de ángeles y de demonios, un espiritua-lismo refinado, si se le compara al antiguo realismo hebreo, un gusto por el símbolo que confina casi con la cábala y el gnosticismo; ideas sobre las manifestaciones terrestres de la Divinidad completamente extrañas á los pueblos semíticos. La fe en la inmortalidad y en la resurrección de los cuerpos tome asimismo formas más concretas: los hebreos no habían llegado jamás sobre este punto á nada bien determinado; la inmortalidad, en la cual Israel ha creído más que ningún otro pueblo, es la de su raza y de su obra, no la del individuo. En fin, las fórmulas mesiánicas toman mucha más precisión y se unen á la creencia de que el fin del mundo estaba próximo y sería acompañado de una renovación de todas las cosas. Una serie de composiciones escritas bajo forma de visiones apocalípticas, y que M. Ewald considera con razón como una especie de renacimiento del profetismo, tales como los libros de Daniel, de Henoch, el cuarto libro de Esdras, los versos sibilinos, fueron fruto de ese nuevo gusto, que si se le compara con la manera de los poetas de la buena época, representa una parte de romanticismo. Si no se considera más que la forma, son aquellas producciones de plena decadencia; sin embargo, se encuentran á veces en ellos un singular vigor de pensamiento. El libro de Daniel, en particular, puede ser considerado como el más antiguo ensayo de filosofía de la historia. Las revoluciones que atravesaban el Oriente, las costumbres cosmopolitas del pueblo judío, y sobre todo, la intuición que ha tenido siempre del porvenir aquel

pueblo, le daban á este respecto una inmensa ventaja sobre la Grecia. Mientras que la historia política, quiero decir, la historia de las luchas interiores de la ciudad ha encontrado en Grecia y en Italia sus más excelentes intérpretes, Israel ha tenido la gloria de ser el primero en abarcar la humanidad toda entera, de ver en la sucesión de los imperios otra cosa más que una sucesión fortuita, de sujetar á una fórmula el desarrollo de los humanos asuntos. Tan incompleta como se quiera, ese sistema de filosofía de la historia es á lo menos el que más ha vivido: ha durado desde la época de los Macabeos hasta casi nuestros días; San Agustín en la *Ciudad de Dios* y Bossuet en la *Historia Universal* no han añadido á él nada esencial.

Un hecho nuevo en Israel señaló el siglo fecundo que precedió al nacimiento del Cristo; formáronse nuevas sectas, acusando un refinamiento de pretensiones teológicas hasta entonces desconocido. Al propio tiempo, las prácticas de devoción particular, á las que los antiguos hebreos no estaban en modo alguno inclinados, se difunden, y siguiendo la eterna ley de las religiones siempre predispuestas á desarrollarse por lo accesorio, obliteran el fondo antiguo. Las sinagogas ó lugares de reunión religiosa, de las que no se encuentra huella alguna antes de la cautividad, y cuya institución no está más que mediantemente en armonía con el espíritu del moralismo, adquieren gran importancia y se multiplican por todas partes. La influencia de la alta Asia se deja sentir más y más; pero abierta por el lado de Oriente, Jerusalén permanece cerrada por el lado de Grecia y rechaza obstinadamente toda acción de la filosofía occidental. Un partido poco numeroso de hombres ilustrados y demasiado razonables para vencer, los saduceos, intentan constituir una

suerte de mosaísmo racional. El incrédulo Herodes hace reedificar el templo con estilo griego y opone al fanatismo una política completamente mundana, fundada en la separación de la Iglesia y del Estado y sobre la igual tolerancia de las diferentes sectas. Nada podían estos tímidos remedios contra el mal misterioso que trabajaba á Israel. Los fariseos vencen. Ahora bien; ¿quiénes eran los fariseos? Los continuadores de la antigua tradición, los hijos de los que resistieron durante el cautiverio, que resistieron bajo los Macabeos, los antepasados de los talmudistas y de los que perecieron en las hogueras de la Edad Media, los enemigos naturales de todos aquellos que aspiraban á ensanchar los dominios de Abraham.

Así se mantuvo hasta lo último la gran ley que domina en la historia de Israel, la lucha de la tendencia liberal y de la tendencia conservadora, lucha en la que, para dicha del mundo, el pensamiento conservador ha sido vencido siempre. El que estudia esta historia á la luz, nuestras ideas modernas, reflejo de las ideas de Grecia y de Roma, se escandaliza á cada paso: él debe estar por Saúl contra Samuel, por Isboseth contra David, por los reyes contra los profetas, por los samaritanos contra los judíos, por el partido helenista contra los Macabeos, por los saduceos contra los fariseos. Y no obstante, si Saúl ó Isboseth hubieran vencido, Israel no hubiera sido más que un pequeño estado olvidado del Oriente, algo como Moab ó la Idumea. Si los reyes hubiesen logrado abogar el profetismo, acaso Israel hubiese igualado en el orden de las cosas profanas la prosperidad de Tiro ó de Sidón, pero todo su papel religioso hubiera sido suprimido. Sino se hubiese encontrado á los Macabeos para resistir á los Seleucidas, la Judea hubiera sido un país como la B.thynia

ó la Capadocia, absorbido primero por Grecia, después por Roma. Eran, si se quiere, espíritus estrechos y atrasados aquellos judíos obstinados de Modin, espíritus cerrados a toda idea de progreso, desprovistos del sentimiento del arte, incapaces de comprender nada de la civilización brillante de Grecia. No se puede negar tampoco que los saduceos no nos parecen en muchas cosas superiores á los fariseos. Toda la historia de Israel prueba con un patente ejemplo que la victoria no pertenece aquí abajo á las causas que parecen más razonables y más liberales; es de los que Jehovah ha escogido para guiar á la humanidad hacia las tierras desconocidas que los oráculos divinos le han prometido.

Había llegado el momento en que el pensamiento amplio y el pensamiento estrecho iban á librar el último combate, y en que las dos tendencias contrarias que se agitaban en Israel estaban próximas á terminar por destrozarse. Por una parte, en efecto, el pueblo judío tenía una misión esencialmente conservadora; por la otra se adjudicaba osadamente el porvenir. El día en que este porvenir se abrió, fué fácil prever que la Sinagoga obedecería á su eterna máxima: esperar siempre y siempre resistir. De ahí la falsa posición de Israel ante el cristianismo y el origen de este odio irreconciliable que dieciocho siglos han entibiado apenas. El Cristo había salido de su seno, y para permanecer fiel á su principio, Israel debía crucificarle. El cristianismo era su natural dilatación, y él debía rechazarla. Arrojado del regazo de su madre, el hijo debía crecer contra ella y marchar sin ella al destino que le aguardaba. San Pablo ha expresado con la energía de su genio fogoso esta situación, la más extraordinaria que haya presentado la historia religiosa del mundo.

Detengámonos sobre el umbral de la misteriosa

aparición en la que se resume la vida toda de Israel. Las religiones no mueren ni abdican, y el judaísmo, después de haber dado su fruto, debía continuar á través de los siglos su larga y tenaz resistencia. Solamente el espíritu de la vida ha desaparecido de él desde hoy en adelante: su historia es aun curiosa y bella, pero es la historia de una secta, ya no es por excelencia la historia de la religión. ¿Que si al terminar nos hacemos la pregunta de que Israel ha llenado su vocación, si ha conservado en la gran reyerta de los pueblos el puesto que primitivamente le fué confiado? Sí, responderemos sin vacilar. Israel ha sido el tallo sobre el que se ha ingertado la fe del espíritu humano. Ningún pueblo tanto como Israel ha tomado en serio su destino; ninguno ha sentido tan vivamente sus alegrías y sus dolores de nación; ninguno ha vivido más por una idea. Israel ha vencido al tiempo y quebrantado á todos sus opresores. El día en que una noticia falsa hizo celebrar un año demasiado pronto la toma de Sebastopol, un viejo judío de Polonia que pasa sus jornadas en la Biblioteca imperial, abismado en la lectura de los polvorientos manuscritos de su nación, me abordó citándome este pasaje de Isaías: «Ha caído, ha caído Babilonia.» La victoria de los aliados no era á sus ojos más que el castigo de las violencias ejercidas contra sus correligionarios por aquel que él llamaba el Nabucodonosor y el Antioco de nuestro tiempo. Creí ver ante mí, en aquel triste anciano, el genio viviente de aquel pueblo indestructible. El ha batido palmas sobre todas las ruinas; perseguido por todos, ha sido de todos vengado; para ello sólo ha necesitado una cosa, pero una cosa que el hombre no se concede á sí mismo, durar. Así es como ha realizado las más atrevidas predicciones de sus profetas; el mundo que le ha

despreciado, ha acudido á él. Jerusalén es, verdaderamente, en el momento actual, «una casa de oración para todas las naciones.» Igualmente venerada por el judío, por el cristiano por el musulmán, es la ciudad santa de cuatrocientos millones de hombres, y la profecía de Zacarías se ha cumplido al pie de la letra: «En aquel tiempo diez hombres se agarraron á la falda del traje de un judío diciéndole: Iremos con vos, pues hemos oído decir que el Señor está con vosotros.»

Los historiadores críticos de Jesús

Se refiere que Angélico de Fiésole no pintaba sino de rodillas la cabeza de la Virgen y la del Cristo: no estaría mal que la crítica hiciera lo mismo y no desafiara los rayos de ciertas figuras delante de las cuales se han inclinado los siglos, sino después de haberlas adorado. El primer deber del filósofo es el de unirse al gran corazón de la humanidad por el culto de la bondad y de belleza morales, manifestadas en todos los caracteres nobles y los símbolos elevados. El segundo es la incansable investigación de la verdad y la firme convicción de que si el sacrificio de nuestros egoistas instintos pudo ser agradable á la Divinidad, no ocurriría lo mismo con el sacrificio de nuestros instintos científicos. La tímida credulidad que por temor de ver desvanecerse el objeto de su fe, da cuerpo á todas las imágenes, es tan contraria á la armonía y á la buena disciplina de las facultades humanas, como la crítica puramente negativa que renuncia á la adoración del tipo ideal porque ha reconocido que el ideal no siempre está conforme con la realidad. Hora sería de comprender que la crítica, lejos de excluir el respeto y de implicar, como lo suponen las personas timoratas, un crimen de lesa majestad